

DE BUENAS LETRAS

50 años de '2001'

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC

Qué impresionado la primera vez que vi aquella cartelera. Era espectacular y el título de la película, no menos atractivo: '2001: una odisea en el espacio'. Vinculaba a Homero con la ciencia ficción. Una alargada nave blanca, expeliendo una columna de fuego, despegaba de una estación espacial con forma de rueda. Ciertamente la cartelera era impactante, pero mentía. En el transcurso del filme, la nave nunca sale de la estación sino que se adentra majestuosa en su interior al ritmo de 'El Danubio azul', protagonizando unos de los mejores números coreográficos de toda la historia del cine. Parecía que Johann Strauss, en el siglo pasado, había compuesto exprofeso su célebre vals para recrear algo que nunca pudo, ni tan siquiera, sospechar. Y este fue uno de los primeros impactos que recibí de la magistral película de Stanley Kubrick: la admirable simbiosis entre música e imagen. Ya es imposible no escuchar la célebre fanfarria del poema sinfónico 'Así habló Zaratustra', de Richard Strauss, sin imaginar los planetas alineados con el sol al fondo.

Cuando '2001' se estrenó en 1968 fue re-

cibida con una extraña mezcla de perplejidad, incompreensión, admiración o rechazo. Así se reflejó en los Oscar de aquel año. De sus cuatro nominaciones, solo recibió galardón por lo más obvio (los efectos especiales). Kubrick, en colaboración con el escritor científico Arthur, C. Clarke, había concebido un hito no tanto cinematográfico como cultural, algo que sobrepasaba los límites de la ciencia ficción y aún no deja de ofrecer ideas a otros directores. El plano de la gigantesca nave, con el que Lucas nos asombró inaugurando la saga de 'La guerra de las galaxias', deriva de la presentación del Discovery I. Más que un viaje a través del espacio, '2001' es una odisea por el tiempo y por la evolución humana, con un discurso que encierra un tema latente en gran parte de la obra de Kubrick: el manejo del poder y el sometimiento como elementos consustanciales a la esencia humana.

Cada vez que reviso la película, existe una secuencia muy concreta que siempre me conmueve. Por encima de tanta innovación tecnológica y de su psicodélica pretenciosidad final, por encima de esos veinte minutos iniciales de cine en estado puro, tras asombrar-

me por la arriesgada elipsis del hueso y la nave, después de percibir la inquietante presencia del monolito (que para Kubrick no era más que la demostración científica de Dios) y después de dejarme llevar por la fluidez de un montaje perfecto que encadena imágenes asombrosas, siempre me sobrecoge el instante en que el astronauta Dave desactiva a la supercomputadora Hall-9000, el otro gran protagonista del filme.

Que yo recuerde, nunca se ha mostrado en cine la agonía, digámoslo así, de un 'ser' con tan malévolamente parsimoniosa y exactitud. La humanización de la máquina refleja de manera puntillosa diversos actos de conciencia. Hall llega a tener sentimientos (quizás por eso sea un peligro) y los despliega en el instante mismo de su muerte: la duda («¿Qué hace, Dave?»), el deseo («Deténgase, Dave. ¿Quiere detenerse, Dave?»), el pánico ante lo desconocido («Tengo miedo»), la conciencia de su propio extravío («Dave, mi cabeza se va, siento que se va. Todo es confuso para mí»), y, por fin, la inevitable regresión a la infancia, pues termina balbuciendo «Daisy Bell», la canción que le enseñó su creador en 1992. Es muy significativo que, justo en este momento, Kubrick omita la música, tan fundamental en el filme, para estremecernos solo con la respiración del astronauta y, sobre todo, con la voz de Hall. Sí, la voz. Este es uno de los secretos de la secuencia. Y por ello, he de resaltar la magistral labor interpretativa del gran actor de doblaje Felipe Peña (al que habrán escuchado en apariciones de John Wayne o Laurence Olivier), y cuyo tono pausado, meloso y trágico, a mi juicio, llena la pantalla mejor aún que la voz de la versión original (Douglas Rain) y tanto como las maravillosas notas de 'El Danubio azul'.